

XVII Concurso Literario Julio Cortázar del CTPCBA

“Atajar”

por Umma Nizar

13 páginas

## “Atajar”

“¡Podés decirle que no le voy a vender nada! ¡me van a tener que matar primero!”, Joana escuchó al italiano hablar fuerte al grupo de hombres que les habían cortado el camino unos minutos antes. El italiano no había dicho nada pero ella sabía que era mejor no mirar a estos hombres a los ojos, a ninguno para el caso. Esto último lo había aprendido de la novia del italiano, la madre de Joana. En cambio, miraba a la banquina, el único lugar donde es probable encontrar aquella ave nocturna que le había mostrado alguna vez el italiano. “¿Ves ahí?”, dijo en otra ocasión mientras levantaba una mano del volante de su F-100 - esas sin butacas, de asiento delantero único - para señalar a la banquina, “¿esos reflejos verdes al costado del camino?”, mientras Joana alargaba su cuello y achinaba sus ojos para penetrar el parabrisas sucio de polvo. “Ése es el atajacaminos”.

Ahora ahí, frente a estos extraños que no parecían prestarle atención a ella, Joana achinaba de nuevo los ojos para adivinar la forma de unatajacaminos en lo que era una masa oscura al costado de esta ruta de ripio. Imaginaba que esa sombra era una de estas aves que estaba agazapada con las alas pegadas al cuerpo y esos ojos negros que, como los de ella permanecían achinados, dándole un aspecto de dormido, hasta que se abren y son grandes, enormes, en proporción al resto de la cabeza. Bien podía ser una araña grande, una piedra suelta o un pedazo de plástico. Pero Joana prefería pensar que podía adivinar en esa masa amorfa los pequeños “pelitos que tiene alrededor del pico”, como le explicó el italiano, y que los científicos llaman vibrisas que usan para detectar los insectos cuando pasan cerca y los rozan. Pensaba en lo descriptivo del nombre vulgar, “atajar caminos”, como si el camino fuera a escaparse, y le sonaba mágico su nombre científico, el de “chordeiles”, una conjunción de danza y crepúsculo en una

sola palabra. En aquella ocasión, el ave cuyos ojos brillaban verdes con la luz de los faros delanteros había pegado un salto que hizo detener a la F-100 del susto, dibujó un semicírculo, visible solo cuando el ave se elevó por encima de la línea del horizonte del monte, que a esa hora del día era ya de color negro, y se zambulló en los arbustos del otro lado. “Es como ver un fantasma”, había dicho el italiano. “Que asalta caminos” completó Joana.

De repente Joana escuchó que lo increpaban a éste, su flamante padre, “¡Italiano, no te hagas el boludo! Sabés bien que acá manda...” pero no alcanzó a escuchar el nombre de la persona al mando, aunque sabía bien a quién se referían. Todos en el pueblo sabían a quién se referían, sabían lo qué hacía, que traía “gringos” a cazar en el monte, los que le pagaban extra por especie “rara”. Así le decía la madre de Joana, “especie rara”, a los bichos que los locales ya no veían tan a menudo rondando sus terrenos, o que los viejos del pueblo recordaban con nostalgia por muy terribles que fueran, como el “de uno que devoró a un pescador joven mientras dormía la siesta después de haber limpiado y fileteado la pesca del día”.

- ¿Lo llegaron a cazar?

Había preguntado el pibe sentado al lado de Joana.

- No.

El viejo había negado con la cabeza mientras alargaba la vocal.

- A ese nunca lo agarraron. Debe haber alcanzado a serviejo, como yo.

- ¿Y es cierto que el padre salió corriendo al ver al yagareté adentro de la carpa?

Preguntó Joana, pero el viejo ya estaba contando otra anécdota.

El italiano sí podía mirar a los hombres a los ojos. Debía, en todo caso, si quería dejar clara su posición. “¡Díganle al cagón de su jefe que yo no me voy nada!” Extendió un brazo en dirección a Joana que entendió que debía acercarse a él. Joana nunca lo había escuchado insultar. La tomó fuerte de la mano. Le dolió el tirón pero se la aguantó, entendió que era hora de irse, porque los extraños rehusaban marcharse primero. Joana no podía dejar de mirar a la banquina. La conclusión a la que había llegado después de muchos años de observar bichos es que ningún ave permanece tan quieta tanto tiempo. Si esa sombra era un atajacaminos y estaba tan quieto, es que también estaría escuchando la conversación, con sus ojos llenos de suspicacia, como si sospechara de estos hombres, o del italiano, o de lo que fuera a suceder si las cosas llegaban a desmadrarse.

Por suerte, los extraños entendieron que su trabajo estaba hecho y decidieron ser los primeros en irse del lugar. Se subieron al Rastrojero y encendieron las luces altas. Joana, encandilada como estaba no pudo verlos pero escuchaba el motor, y las carcajadas de estos hombres cuando el caño de escape explotó un par de veces y aceleraban en punto muerto. Esta vez fue Joana quien le apretó la mano al italiano, como si fuese una nena que va a comprar por primera vez una docena de huevos al almacén y el padre le dice “dale, pedí vos esta vez, así te vas acostumbrando”.

Cuando los extraños finalmente se fueron, Joana y el italiano se subieron a la F-100 y antes de que el italiano pudiera arrancar la camioneta, le preguntó “¿Dónde va a parar en invierno ese bicho?” mientras señalaba a la banquina. El polvo que había levantado el Rastrojero ya estaba decantando y cuando la oscuridad total volvió al camino, Joana se percató que la masa negra informe en la banquina no

estaba más. Asumió que había levantado vuelo por el susto o porque habían aparecido los insectos. Pensó “era un atajacaminos nomás”.

\*\*\*

A este padre, al italiano, Joana lo conocía desde algunos meses cuando su madre empezó a salir con él. Nunca supo cómo fue que se conocieron pero fue su madre la que lo sacó del monte en donde vivía aislado. Este no era como los otros padres que había tenido. Todos los demás le habían levantado la mano a su madre al menos una vez, y uno de ellos incluso había encerrado a Joana en su habitación y amenazado con ir a por ella cuando hubiese terminado con su madre. Aquella vez consiguió escapar por el espacio entre la chapa metálica que servía de pared de su habitación y el pallet de madera que hacía las veces de pilares del techo. Se había cortado la mano en el proceso de desencajar la chapa del suelo, algo relativamente fácil de hacer después de la última tormenta, pero no importaba. Aquella vez había dormido en el campo de al lado, cerca de las patas de unas vacas flacas, arrollada sobre si misma con los brazos sobre su cabeza, por si las vacas se despertaban y la pisaban. Cuando salió el sol, las vacas seguían en la misma posición tendidas en el polvo. El olor a carne pasada se le quedó grabado a Joana. No hubo lluvias ese verano.

En cambio este padre la trataba bien a su madre, a lo sumo agitaba un puño al cielo mientras gritaba alguna frase ininteligible. La madre de Joana no era de callarse, ni de aceptar órdenes. Cuando algún novio le pedía de mala manera que le sirviera un mate, su madre iba obediente a la cocina. Joana veía repetirse la escena desde la mesa donde desplegaba sus libros para estudiar. Su madre le guiñaba un ojo mientras vertía el agua hirviendo por la bombilla. Esa era la señal para que Joana empezara a correr. Ya afuera, Joana estaba a salvo y podía escuchar el aullido del

novio, como el de un chanco cuando lo sacrifican, y después los golpes en la chapa, el crujir de alguna silla, dependiendo de las cosas que el novio lanzara. Mientras se tapaba los oídos, se preguntaba por qué su madre haría algo así, por qué se empeñaba en cabrear a los hombres. Pero este padre, el italiano, como lo llamaban todos en el pueblo, nunca levantó una mano contra ella. Por eso a Joana le caía bien. También porque siempre que ella y su madre visitaban al italiano en la casa de su estancia, Joana se evitaba ir al colegio.

El italiano era amable, no solo con su madre, con todos en el pueblo. No reaccionaba ante nada. A veces se parecía a esos monjes que pueden seguir meditando en el medio de un desastre, una guerra, una inundación, lo que fuera. Los ríos podrían estar hinchados arrastrando gente pero el monje seguiría meditando con el agua hasta el cuello. Tal vez era indiferencia. Joana lo conoció mucho después de que el hermano del italiano se pegase un tiro cuando la empresa que ambos habían fundado entró en quiebra. Los hermanos habían pensado que el monte iba a proveer de alimento a sus vacas, y eso había sido cierto, en la época en que los viejos del pueblo eran jóvenes, pero la región no era la misma desde que habían empezado a talar. Y encima las vacas vivían perdiéndose y nunca regresaban. Cada vez que el italiano volvía a la casa de la madre de Joana con la mirada perdida y contaba que habían desaparecido otras veinte cabezas, Joana imaginaba a esas vacas vivas y contentas alimentándose de frutos de algún arbusto achaparrado y de hierbas frescas de las que nacen en las orillas del río, juncos incluidos.

El italiano había decidido que no iba a vender ni sus vacas, las pocas o muchas que le quedaran, ni sus hectáreas. Podría ser que el italiano no entendiera muy bien el español. En las ocasiones en que iba a la ciudad a comprar algo de

forraje para sus animales y Joana lo acompañaba, no parecía molestarle que la gente escupiera en la calle junto a su pie, o que muchachos con machete, sentados en la caja de viejos Rastrojeros no le sacaran los ojos de encima, o que las F100 de vidrios polarizados, no como la de él, sino las nuevas, más altas, con ruedas como de tractores, giraran muy cerrado detrás del italiano después de que terminaba de atravesar la senda peatonal en la calle principal.

Joana no entendía cómo el italiano se aguantaba esos insultos. Después recordaba que esos mismos vehículos cada tanto salían del monte con sangre goteando desde el portón de la caja. También había visto coches viejos, descuidados, con el baúl lleno de jaulas con loros pichones de pico grande, frente turquesa y ojos lúcidos, que la miraban con curiosidad desde adentro del auto, como cuando ella los seguía en el monte y se detenía a observarlos comer. Los loros parecía conversar entre ellos mientras sostenían algún fruto con su pata izquierda y lo despedazaban con su pico mientras la miraban a ella, mirándolos. En esos momentos, Joana sentía que eran las únicas aves que podían sentir, como ella, curiosidad, y se le aceleraba el corazón, suponía, porque qué otra cosa podía ser esa sensación de que algo se insuflaba en su pecho.

El italiano además de amable con Joana y su madre y todos en el pueblo, era raro. Cuando estaban ellos tres en la estancia, el italiano se adentraba en el monte a pie. Joana lo veía agacharse y tocar la tierra grisácea en busca de rastros. Se levantaba y señalaba, brazo extendido a ningún lugar, mirada perdida “están yendo para el llano de caraguatás” y después dirigiéndose a ella “Al menos esta vez las vamos a ver”.

Joana no necesitaba preguntarle al italiano por qué las vacas no se podían quedar en un solo lugar. Sabía que esto no era la llanura pampeana. Acá, si querían

encontrar comida, tenían que andar. A pesar de la falta de fe de su hermano, el italiano siguió haciendo las cosas a la manera tradicional. Joana odiaba a su madre cuando decía que el italiano hacía lo que hacía porque le gustaba sufrir."¿A quién le gusta sufrir?" pensaba para adentro. Si fuera valiente, le habría retrucado"Eso que decís es una estupidez, mamá".

Ante el silencio de su hija, la madre de Joana completaba con "Es que el italiano no cree en el progreso".Joana sabía a qué se refería su madre por progreso. Se refería a tecnología de feedlot, o en última instancia a las grandes máquinas forestales, esas que arrancan árboles de cuajo.

Los pocos días del año que llovía el italiano se quedaba en el monte, en la casa de la estancia, que había quedado reducida a nada más que un galpón con una galería de techo de chapa, que había vuelto a colocar junto con su hermano. Allí el italiano se prendía un cigarrillo y miraba de pie mientras caía la lluvia. Joana no podía saber si en esos momentos se creía verdaderamente un hacendado, como lo llamaba su madre en frente de sus vecinas. Y escuchaba cuando su madre se acercaba al italiano, le ponía una mano en el hombro y le decía al oído: "no importa cuántas vacas tengas, lo que importa es que son muchas hectáreas y el monte está intacto".

En esas ocasiones, la madre de Joana no perdía oportunidad de recordarle al italiano que su difunto hermano lo había llevado de las narices a criar ganado en esta tierra imposible. A Joana le gustaba esta tierra imposible. Todos los demás parecían odiar esas ramas puntiagudas del monte. La vegetación tenía este hábito zigzagueante en las ramas lignificadas, en los tallos aún verdes, en las hojas compuestas de hojitas diminutas. El patrón en zigzag se repetía hasta el infinito y hacía que hojas, tallos, ramas se entrelazaran unas con otras, como si trataran de



formar una malla y cubrir todo el territorio, como si intentaran mantener a todo el mundo afuera. Eso le gustaba a Joana, porque sabía que nadie, excepto ellos, podía entrar, aunque eso significara que el ganado se perdiera de vez en cuando.

Cada vez que Joana le preguntaba qué podía haber pasado con las vacas desaparecidas, él hablaba del río que bordeaba la propiedad, de sus yacarés, del material arcilloso de las márgenes, que se desprendían con cada lluvia, de sucauce chico que con las lluvias aguas arriba se veía desbordado y de su gran capacidad de arrastre de sedimento, y de vacas. En el monte, el peligro no era tanto. Hacía tiempo que no se escuchaba de felinos. A este padre le tenía suficiente confianza para preguntarle si el yaguaraté podía ser capaz de matar a una vaca. El italiano lo desdeñaba con un gesto. “Poca cosa el yaguaraté. A lo sumo, podría matar una cría”. Cuando hablaba de su estancia y de su monte, se le iluminaba la cara al italiano, por eso Joana aprovechaba cada oportunidad para preguntar. “¿Y la historia que cuentan en el pueblo? ¿la del yaguaraté que se devoró a un pibe que estaba durmiendo la siesta a orilla del río? ¡la de los pescadores! ¡la que el padre salió corriendo cuando vio que el yaguaraté se metió en la carpa!” se enojaba Joana porque no podía creer la crueldad, no del yaguaraté, la del padre. Pero el italiano ya estaba de regreso en su modo indiferente. “¿Es cierto que hay yaguaretés merodeando a la noche en el pueblo?” El italiano se encogía de hombros. La idea de que la línea entre el pueblo y el monte se iba borrando a causa de la deforestación, como había oído decir a los científicos en la televisión, la venía preocupando.

\*\*\*

Desde aquella noche del atajacaminos, quería estar cerca de este padre tanto como fuera posible. Sentía que si no estaba cerca para cuidarlo, podría

ocurrirle algo horrible. No había riesgo de que el italiano se metiera en peleas porque los lugareños le dijeran cosas hirientes. Joana escuchaba cuando le decían por lo bajo: "Italiano estúpido, esa no es tierra para arrear, es tierra para talar". Eran esos momentos que la hacían imaginarse a ella misma tendiéndoles una trampa en el monte. Los atraería fuera del pueblo, hacia el monte y hacia el río, donde estarían los yacarés esperando. Pero no era valiente, no podría atraerlos por mucho que imaginara escenarios. Así que se conformaba con agarrarle la mano al italiano y mirarlo amenazante por encima del hombro a los lugareños.

Joana no se daba cuenta que con cada noche que pasaba dormía menos. Cada vez más se despertaba por las noches imaginando a ese padre entrando al monte, sin machete, sin agua, totalmente desprevenido, a la espera de ser mutilado por un yagareté que detectara su olor. O se lo imaginaba caminando hacia el borde de la terraza del río justo en el momento en que se producía un deslave que lo dejaba sepultado en el barro o lo ahogaba. Durante esas noches, no podía volver a dormir porque esos pensamientos daban vueltas y vueltas en la cabeza de Joana. El hecho de que pudiera perder a ese padre la asustaba, la idea de no volver a verlo, la hacía querer no ir nunca a la escuela para no separarse de él, como si le hubieran diagnosticado una enfermedad terminal a ese padre y ella no creyera en una vida después de esta en la que se pudieran volver a encontrar.

En la mesa de la cocina, la madre de Joana se quejó una vez más del italiano, algo de que no cambiaba las cortinas de su casa. "¿Podés creer que son las mismas cortinas que tenía esa casa cuando la compró? Cada vez que voy le digo: '¿Cómo podés vivir con las manchas de otras personas en tus cortinas, en tus paredes?' ¿Sabes lo que me contesta? Nada. Se encoge de hombros".

Joana asentía indiferente con los ojos fijos en un libro de pájaros que le había prestado el italiano, mientras la madre continuaba en una conversación con ella misma, "es como si esperara que yo hiciera cosas por él. Bueno, ¡puede esperar sentado porque yo no voy a mover un dedo si se cree que voy a ser su decoradora, su cocinera o su señora de la limpieza!"

"Ah já" asintió Joana, sus ojos ahora fijos en el dibujo de un loro de frente turquesa. A medida que las noches se hacían más cortas y Joana no volvía a dormirse antes de la madrugada, conoció por primera vez un dormitorio de loros. Movimiento álgido, aleteo incesante, barullo de loros conversando que, con los primeros rayos de sol, se empezaban a mover en las ramas de los plátanos de la plaza del pueblo. Joana observaba que su madre seguía hablando pero no la escuchaba. En cambio pensaba en los grandes árboles del monte donde solían dormir estos loros. Ya no estarían en pie.

Joana sabía que a su madre no le gustaba que pasara, más bien perdiera, el tiempo con el italiano en la estancia. Su madre quería que terminara el colegio y se fuera a la ciudad para no volver nunca más. Es lo que hacían la mayoría de los jóvenes, se iban. "No hay futuro acá para vos", dijo de repente su madre, y de un golpe le cerró el libro de pájaros.

Y como si fuera el corolario lógico, completó "Tu padre perdió más cabezas". No era posible, pensó Joana, el italiano no había dicho nada. Si hasta ahora se las había arreglado para rastrear todos sus movimientos. Lo acompañaba cada vez que iba al pueblo a comprar comida o herramientas. Había estado con él cada vez que cortaba leña, cada vez que salía a pasear, incluso cuando se metía gente que no sabía que estaba en propiedad privada y les contaba que podían quedarse mientras no cazaran nada.

Joana no le podía quitar los ojos de encima a la madre. Parecía desconcertada, y la madre supo leer la pregunta en su cara. "Fue anoche" dijo, mientras no paraba de revolver la polenta. "¿Cómo supo? ¿Cómo supo que le faltaban?" preguntó Joana. "Ay Joana, ¿sos tonta? Encontró los cuerpos".

Joana se veía aun más desconcertada. Nunca había encontrado cuerpos antes. Los yacarés se encargaban de los restos, los arrastraban al fondo del río, o el yagareté los habría despezado y hecho desaparecer. Nunca antes había dado con ningún rastro del ganado perdido. Y los cazadores furtivos no andan tirándole a las vacas.

Tratando de pasar desapercibida, se levantó de la mesa, tomó su guía de campo y se dirigió hacia la puerta. "Si vas para allá, por favor decíle que me llame", le gritaba la madre desde la cocina, y se quedaba murmurando algo como "¡El muy cobarde! no tiene la decencia de decir dónde está, ¿qué espera que haga? ¿preguntar por el pueblo dónde está? ¿Qué va a pensar todo el mundo de mí? Que no sé cuidar de mi marido, lo que me falta".

Al salir por la puerta de su casa, Joana primero caminó, luego dio unos pequeños saltos y después echó a correr, saltando charcos, veredas rotas, pavimento agrietado como si por debajo amenazara emerger una pluma de lava, levantando bloques de cemento como placas tectónicas que se subducen unas a otras. Corrió sin importarle los adultos a su alrededor, los hombres eyectando escupidas por la nariz en la calle justo al lado de sus pies, y las mujeres arrancando la grasa de un gran hueso de vaca que usarían para hacer sopa y tirándolo a la vereda para que los perros de la calle se peleen por él. Mientras corría, se culpaba por no haberse quedado en la estancia, por pensar primero en su madre, en lo que ella querría o en evitar a toda costa aquello que la enojaría o le provocaría pavor.

No necesitaba un camino demarcado para llegar a la estancia del italiano. Podría haber llegado con los ojos vendados siguiendo un túnel, un atajo, que conocía bien, que cortaba todo el monte y evitaba la ruta larga de ripio, abierta, expuesta al sol, a la mirada de extraños.

Se hizo camino apartando la vegetación zigzagueante, tratando de no tropezarse con las ramas de los arbustos, menos de una hora después, llegó a la boca del túnel pero antes de salir al costado de la casa del italiano, se detuvo al ver la caja de una de esas F-100 de vidrios polarizados del pueblo. Las chilcas que rodeaban a Joana soltaban sus inflorescencias apenas rozaba las hojas con su cuerpo. De repente ya no se le armó en la cabeza ningún escenario que involucrara al italiano, como las que imaginaba cuando se iba solo al monte y ella se quedaba en la casa esperando su regreso. Lo único que temía en este momento era que ella misma fuera escuchada o vista.

Lo próximo que sucedió fue un ruido que provenía de adentro de la casa del italiano. Parecía que alguien arrastraba una silla muy pesada por el piso, excepto que no escuchó en ningún momento la estridencia de las patas de metal de los muebles del italiano sobre el piso de cerámicas, como cuando el sonido de la tiza sobre el pizarrón negro en el aula de Joana le llegaba hasta la amígdala y hacía que se retorciera en su silla para alejar instintivamente sus oídos de la fuente del ruido.

El sonido procedente del interior en cambio era apagado. Aun así juntó coraje y salió del túnel hecho de ramas y empezó a circundar la casa del italiano. Cuando llegó a la camioneta, se asomó a la caja, estaba limpia, no llevaba heladeritas, ni jaulas, solo bolsas de residuo. Se asomó a la ventana de la cabina par verificar lo que ya sabía, que en la camioneta no había nadie. Se dirigió entonces a la puerta de la casa. Golpeó, como si hubiese llegado recién, llamó por el italiano, sin

respuesta. Agarró la manija y la tiró para abajo, empujando con el costado de su cuerpo para intentar abrirla puerta. Nada, estaba trabada desde adentro. Se asomó a la ventana próxima a la puerta pero las cortinas del interior, las que el italiano nunca había cambiado, las que pertenecían a los anteriores propietarios, que eran gruesas a propósito para impedir que entraran los rayos del sol, no la dejaban ver.

Gritó el nombre del italiano, pero nadie respondió. Estaba segura de que había alguien dentro, el italiano, los ocupantes de la camioneta, alguien. Estaba segura de haber oído a alguien moverse dentro. Pero la casa la mantenía afuera, alguien la mantenía afuera. La cabeza de Joana le decía que tenía que volver al pueblo a pedir ayuda pero algo no la dejaba ir. Estaba segura de que alguien saldría en cualquier momento, no podían quedarse para siempre ahí. El que fuera que estaba adentro, tendría que salir eventualmente en algún momento, para buscar comida, para regresar a su propia casa. Esta era la única salida posible. Si quien estaba adentro, quería llevarse la camioneta, tendría que pasar por delante de ella. Se mantuvo de pie sin apartar la vista de la puerta, de la manija esperando a verla cuando alguien la activara desde adentro. La espera la impacientaba. Recordaba la vez que acompañó a su madre al hospital después de una paliza por parte de un novio. En esa oportunidad Joana caminaba de un lado a otro del pasillo esperando que saliera la médica que estaba atendiendo a su mamá. Esta vez permanecía inmóvil frente a la puerta. Volvió a llamar al italiano, parada allí frente a la puerta de la casa, entre la galería y la camioneta estacionada.

Pronto caería la noche, que en el monte cae mucho antes que en el pueblo, pero ella no se movería de ahí. Se iría a sobresaltar cuando las ramas de los árboles que rodeaban la casa empezaran a rozar una con otra, generando el sonido de una puerta que se abre, pero ella no apartaría la mirada. Las sombras le jugarían

una mala pasada. Le parecería ver la manija moverse pero no sería así. La puerta seguiría inmóvil. No le importaría que desde el rabillo del ojo pudiera adivinar movimiento dentro del monte. Sería el viento moviendo las hojas. Sería alguna vaca extraviada que por fin encontraba el camino de regreso. Pero a Joana no la movería nada de enfrente de esa puerta. Ni siquiera los cuentos de los viejos del pueblo sobre yagaretés devoradores de pibes. Alguien tendría que salir en algún momento y explicar qué le había sucedido al italiano. Joana estaría ahí para atajarlos.